

Solidaridad en medio de la pandemia.

Las noches son más oscuras y frías que en otras regiones de nuestro país. El clima normal del invierno está afectando mucho a nuestros ciudadanos, a tal punto que se hace invisible al ojo de cualquier mortal. Nuestra región, obligada a tener buenos techos y buenas paredes no permite ver el tipo de pobreza y abandono que, normalmente, muestran los informativos nacionales en la realidad de Santiago, pero no nos equivoquemos. Detrás de una buena pared, resistente a los embates del viento huracanado, hay muchísimas familias que padecen gravemente. Son nuestros propios pobres. Esa indigencia invisible que se hace más grave aún cuando no se puede salir a trabajar y obtener, al menos, el sustento para una olla diaria.

Así es como están muchísimas familias en la ciudad, tanto los que han nacido aquí, como los más desafortunados de otras latitudes que, buscando paz y oportunidad, se trasladaron y encallaron en nuestras costas. Más aún son los que están solos, los que por alguna razón perdieron a sus compañeros de vida y los ancianos que han debido quedarse distanciados de sus parientes, producto de la amenaza sanitaria que, como una nube negra cubre nuestra existencia.

Hacía falta contextualizar esta necesidad y destacar el enorme éxito de campañas como las realizadas por los medios regionales que han sido fundamentales para que no nos quedemos en la comodidad de nuestras casas y nos demos cuenta que existen personas que literalmente se mueren de hambre o de frío y a quienes hay que ayudar. Pero hace falta más. No es una teletón única y anual. Se puede comer, pero el alimento pronto se terminará una vez más.

Las despensas vacías, el uso limitado de luz y gas, la ausencia de entretenimiento de los niños, y la impotencia de poder salir a la calle lleva a una desesperación indescriptible e insoportable. Por ello, cuando alguien golpea su puerta y recibe una caja con productos, se produce un alivio a los sentidos, una alegría indescriptible, una recuperación de la cordura, de la confianza y la fe de que pronto habrá de quedar atrás todo esto. Es consuelo. La espera será que pase pronto nuestro propio invierno.

Es la época en que la verdadera acción solidaria debe estar presente. Sea uno creyente o no, estamos en condiciones de no entregar sobras, sino que compartir de manera generosa nuestras mesas. Una invitación a hacer un ayuno espontáneo para sentir esa sensación de falta de alimentos en los estómagos, sería tremendamente productivo para generar más empatía con los que sufren y que hoy reclaman con un grito silencioso que nuestras autoridades aún no quieren oír y que las iglesias, parecen no haber hecho suyas de manera más estridente.